

# HISTORIA DE UNA COPA

## I. DE COCHABAMBA A SAN JOSÉ, BOLERO

Un viernes de septiembre de 2019 que, además, era día 13 (maldita premonición), se clausuraba la XIII Olimpiada Iberoamericana de Biología en Cochabamba, Bolivia, en el Aula Magna de Humanidades de la Universidad Mayor San Simón. Entregadas las medallas, tocó el turno del traspaso de la copa de la OIAB, ceremonia que simboliza la continuidad del evento en la casa de los receptores. En este caso, la Viceministra de Educación de Bolivia entregó la copa a José Pereira, delegado de Costa Rica, que se la llevó consigo a San José, donde se supone que descansaría (la copa, se entiende) hasta que, un año después, se les transfiriese a los delegados del Perú.

Ja, ja.

Ni la copa ni los coperos podían sospechar siquiera que seis meses después una letal pandemia recorrería el mundo de oriente a occidente.

La décimo cuarta edición se aplaza a 2021, y el 2020 queda en blanco (más bien en negro).

En septiembre de 2021 sí se celebra la Olimpiada, pero ¡ay, ayayay! (más que bolero es ranchera), ¡TELEMÁTICA!

La copa se queda en San José a la espera (¿las copas esperan?) de que los delegados costarricenses, Pereira en concreto, la lleven a Lima en septiembre de 2022. Pero la nube de la incertidumbre se adensa. Ni los delegados peruanos, ni el Perú mismo se atreven a organizar la Olimpiada presencial.

Un duende biológico se cuenta que le susurraba a la copa *Déjame que te cuente, limeña*, como preparándola para prolongar su estancia en Costa Rica, e intentando a la vez convencer al metal de que había pasado por Perú. Aunque creo que esto es tan inverosímil que debe ser mentira. ¿O no?

Y en San José se quedó un año más la copa triste y sola.

## II. EL RESCATE

La Olimpiada de 2023 se celebra en Madrid, y es preciso traer la copa con la suficiente antelación como para que el metal se crea por unos meses que es español. Así se engaña a los seres inertes (y a los otros).

El envío de la mercancía por correo, mensajero o carabela es prohibitivo y absurdo. No solo por los 600 dólares o euros de la empresa de transporte (varias veces el coste de la dichosa copa), sino también por la previsible odisea burocrática de las aduanas, derechos de importación, aranceles, tasas, tiquetes de aparcamiento en el aeropuerto de San José y de Barajas, cajas de paracetamol y quizá de omeprazol, etcétera, etcétera.

Pero un símbolo es un símbolo, y se organiza un audaz plan de rescate.

Por razones que al ya fatigado lector poco le importan, Luis, un miembro de la Junta Directiva de la Olimpiada Española de Biología (y de paso, del Comité Organizador de la Iberoamericana

madrileña), debía viajar a Panamá en mayo de 2023. ¡Tate!, convirtamos a Luis en un Strogoff del siglo XXI, si se deja, claro. Y se dejó.

Luis volará a Ciudad de Panamá a sus asuntos. Desde aquí el audaz mensajero se desplazará a David, la capital de Chiriquí, donde atenderá sus asuntos. Chiriquí es una provincia panameña que linda (¡qué linda!, con un gran volcán, ríos, playas y selvas, pero esto lo dejamos para la guía turística) con Costa Rica, la patria temporal de la copa descarriada.

Con la coordinación que el valor, la determinación y, sobre todo, el *whatsapp* proporcionan, Luis encuentra un imprescindible cómplice, su colega Lorenzo Samudio, quien, tan amable como solícito, se ofrece a desplazarse a la frontera al encuentro de la copa.

Por la Carretera Panamericana Lorenzo medita mientras recorre los 56 kilómetros que le separan de Paso Canoas, en la frontera con Costa Rica. El caso es que al cabo de una hora Lorenzo Samudio llega a Paso Canoas.

Paso Canoas es una curiosa ciudad internacional, mitad panameña, mitad costarricense, llena de camiones. En apariencia hay control de pasaportes, pero los agentes no son escrupulosos si se les indica que solo se entra a Costa Rica a recoger un paquete; más problema puede haber al regresar con el paquete tico.

Días antes, José Pereira ha embalado la copa y ha etiquetado el paquete. Lo ha entregado al transportista que ha de llevarlo a Paso Canoas. ¿Qué nombre vamos a ponerle a la empresa de transporte? ¿Qué os parece *Tracopa*? No es verosímil, mejor *Transporticos*, o *Costa Rica Delivery Services*. No, *Tracopa* le pondré, que por imposible es más creíble. Toda la historia desafía a la verosimilitud, y ya sabemos que la realidad supera a la ficción, de largo.

El porte cuesta 3000 colones, que al cambio no llega a 5 euros.

Lorenzo Samudio recoge el preciado paquete y, triunfante, regresa a David. La emoción del éxito le impide meditar, supongo. Y lo guarda, a la espera de Strogoff. A David llega Luis días más tarde, abraza la copa e invita a una *Balboa* fresca (mejor que a una copa) al intrépido Lorenzo. Para inmortalizar el paso de la copa por Panamá, se organiza un acto solemne en la Senacyt y se retratan alrededor del metal todos los amigos panameños que han contribuido al rescate.

Pocos días después, Luis Strogoff aterriza en Barajas con un bulto bajo el brazo. Queda el minúsculo trayecto en tren sin conductor de la T4, y el *cercanías* a Chamartín para enlazar con el de Cantoblanco, que podría ser que tampoco lo tuviera; el tramo es corto, pero se nos antoja la parte más peligrosa del viaje: obras, anulaciones, retrasos, confusión y caos amenazan el final. Qué ironía perder la copa en Fuencarral antes de llegar a la Universidad Autónoma de Madrid.